

La Lucha

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Gra. Barcelona, 48.-SABADELL.

Ve la luz los días 10, 20 y 30 de cada mes.

 Precio, **15** cts.

Publicación Cristiana Social Anticlerical de Cultura Progresista y Regeneradora.

De los conceptos vertidos en los trabajos publicados, no se hace siempre solidaria la Redacción. No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia sobre el contenido de los mismos.

Suscripción anual, 5 ptas.—Paqueteros, 10 cts. ejemplar.—Pago adelantado, 8 cts. ejemplar.

América y Portugal, suscripción anual, 6'50 ptas.—Número suelto, 20 cts.—Paqueteros, 15 cts. ejemplar. Pago adelantado, 12 cts.

Demás países, suscripción anual, 8'50 ptas.—Número suelto, 25 cts.—Paqueteros, 18 cts. ejemplar. Pago adelantado, 15 cts.

El Cristianismo Social es la táctica de saber hermanar dignamente lo divino con lo humano, el espíritu con la materia, lo celestial con lo terreno; es el anuncio de una nueva era; es un ideal abierto a todos los aires puros de renovación, justicia, libertad y progreso.

 ¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Nunca se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?—**QUEVEDO.**

 El Cristianismo muere en manos de los que se llaman cristianos.—**PEDRO SALA Y VILLARÉT.**

 Ama a tu prójimo como a tí mismo.—**JESÚS.**
Si alguno no quisiera trabajar, tampoco coma.—**SAN PABLO.**
...y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía, mas todas las cosas les eran comunes.—**HECHOS, IV, 32.**
Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres.—**ID., IV, 19.**

 Cada época necesita su reforma; cada país ofrece problemas de evangelización distintos de los demás, y Dios no dejará de «llamar» a los obreros que sean idóneos para el caso. Lo que falta es que éstos «respondan» al llamamiento.—**FRANKLIN G. SMITH.**

Horas de Angustia

De tales pueden calificarse las que transcurren para la Humanidad en nuestros días, en los días que vivimos; basta dar una ojeada por el panorama internacional, para convencerse de ello.

Varias son las causas del malestar del mundo, aunque todas ellas derivan de una misma.

Observemos: Dos grandes naciones orientales, el Japón y la China, pasando por alto el profundo malestar reinante en la India, se encuentran en cruenta pugna, las derivaciones de la cual pueden ser tanto o más funestas para el género humano de lo que lo fueron las de la última Guerra Europea. Por de pronto, los Estados Unidos, que no dejan de temer, con fundamento, las expansiones territoriales del Imperio Nipón, han mandado ya al Japón una nota muy significativa, por lo enérgica, que, dada la tirantez de relaciones que desde hace varios años sostienen ambas naciones, no se presta a muy buenos augurios. Por la misma causa, en la Sociedad de las Naciones reina un enorme disgusto contra el imperio perturbador. ¿Qué sucederá? Es aventurado pronosticarlo; pero, sino es ahora, a la Humanidad le esperan días funestos, si los hombres se empeñan en desoír los dictados de la Razon y de la Justicia. Porque no es tan sólo en el Asia, en donde la paz está gravemente perturbada: lo está en el mundo entero; una crisis morbosa, que va en aumento cada día, flagela a todo el planeta de confín a confín. Los obreros parados en el mundo, forman espantosas legiones de millones y millones; y lo sarcástico es que esto sucede en un mundo rebosante de riquezas, facilísimas de convertir en abundante pan y bienestar para el género humano.

¿Qué sucede, pues, en el mundo, cuya maquinaria está visiblemente descentrada? Las finanzas están invadidas por un pánico mortal; el desequilibrio y la desorientación más desconcertantes reina en las grandes bancas de las naciones. Decididamente, el sistema capitalista se desmorona y se hunde en el abismo del descrédito. ¿Cuáles son las causas de tal desbarajuste? Son numerosas y grandemente diversas; pero la opinión en que muchos coinciden es en la de que los grandes capitales acumulados en materiales de guerra, que a la vista de todos está que sólo pueden producir resultados negativos, días de zozobra a la especie humana y hundirla en el caos. Si tales capitales, en vez de sacrificarlos al dios Marte, se dedicaran a la construcción de puertos, canales, vías de comunicación y a conceder créditos a la agricultura, a la industria y al comercio, la producción se intensificaría, y si ésta fuera excesiva, el remedio se encontraría cerrando un poco la espita de las jornadas de trabajo. Mas también nos asalta la duda de que este remedio no sería completo. Porque, ¿qué haría la Humanidad, con su actual educación, por ejemplo, con una jornada de cuatro, o dos horas, jornada a la que no sería ilusorio llegar, si el hombre se empeñara en que la mecánica y la química produjeran el máximo rendimiento? De las observaciones que llevamos hechas, al pasar el obrero de nuestros días de la jornada de doce horas a la de ocho, más que mejorar sus conciciones morales e intelectuales, creemos, fundadamente, que con la jornada mínima a que podría llegar se precipitaría en una gran degeneración, que con seguridad superaría a la de Sodoma y Gomorra, a la de Babilonia la Prostituta y a la de la Roma Pagana de los tiempos de Nerón.

El obrero, en general, al disfrutar hoy de la jornada de ocho horas, no cumple los propósitos que expresaba cuando pretendía obtener tal jornada: 8 horas para trabajar, 8 para descansar y 8 para estudiar y recrearse honestamente. Se ha olvidado del empleo de estas últimas.

No vaya a creer nadie que somos enemigos de una jornada corta. ¡Lejos de nosotros tal pensamiento! Lo que vaticinamos con una jornada de seis, cuatro o dos horas, es el desquiciamiento del género humano. Si el hombre cultivara simultáneamente su materia y su espíritu, no nos cabe duda que podría convertir en antesala del Paraíso el planeta Tierra; pero, desgraciadamente, se desentiende, en general, de todo lo que afecta a su espíritu, a su alma, y el olvidarse de esto, que podría ser su ánora de salvación, es lo que convierte la Tierra en un infierno.

Nuestras apreciaciones, sin duda, harán sonreír socarronamente a los volterianos de nuestros días; pero tengan presente éstos

que el más grande y el más sublime de todos los filósofos dijo: «Sin mí, nada podréis hacer», desde luego, nada de bueno, añadimos nosotros, cuya afirmación no tiene vuelta de hoja. Inútiles todos los planes de sociedades ideales. Sin Él, todo espejismos, todo quimeras. Una larga y dolorosa experiencia nos obliga a hacer tan sincera confesión. Él es el único químico que posee el secreto del específico extraordinario y providencial capaz de transformar el corazón de los hombres, sin cuya transformación son vanos todos los planes, proyectos y propósitos de una Humanidad perfecta.

El que dijo: «Sin mí, nada podréis hacer», dijo también, a los que son capaces de comprenderle y poseerle: «El Reino de Dios está en vosotros», y este Reino de Dios, que es la Sociedad Ideal en que tantos sueñan, no será jamás lograda y alcanzada sin Él. Contemplad, si no, a la Rusia actual. ¿Es ella un paraíso? ¿Lo será jamás? No es la prensa reaccionaria la que lo niega rotundamente, es precisamente la de extrema izquierda, la libertaria, la que nos habla del infierno bolchevique; ella nos habla de la tiránica dictadura del proletariado, de las deportaciones en masa, a granel; de las persecuciones terribles contra los mismísimos anarquistas, para los cuales los españoles recaudan socorros... Allí los hombres son convertidos en máquinas, la Libertad, esa Libertad por la cual suspiramos los hombres que anhelamos un mundo mejor que el en que vivimos, ha sido suprimida, y el hombre, sin Libertad, es un cadáver... un mito.

La Humanidad encontró hace veinte siglos a su Guía, que le enseñó el camino de la verdadera Libertad, Igualdad y Fraternidad; en ruta persecutoria, aunque llena de gloriosa luz y de pureza transformadora, llegó hasta las Catacumbas de Roma, conquistando con gran empeño la emancipación del alma y del cuerpo humanos. Al salir de aquellas catacumbas venerandas, por invitación de Constantino, la luz cegadora del Paganismo la extravió y desde el triunfo de aquel Emperador vaga por un círculo vicioso en el que ha convertido sus albas vestiduras en sucios girones e incluso ha desgarrado lastimosamente sus carnes.

Por la salvación del mundo, es necesario volver al punto de partida y orientarnos nuevamente, lo cual lograremos siguiendo las fraternales enseñanzas del gran sociólogo de Galilea, únicas que nos pueden traer el bien íntegro y absoluto.

A esta orientación es a lo que nosotros llamamos Cristianismo Social, que se aprende en el Código Divino, aplicándolo a los vaivenes de la desorientada Humanidad, y que no es exclusiva de una denominación determinada, sino que es común a todas las que quieran seguir las huellas verdaderas del Divino Maestro, salvando así al mundo de la catástrofe inminente a que está abocado.

PROMETEO.

El Laicismo del Estado

En pro y en contra del Estado laico se han esgrimido las más diversas armas. La iglesia ha traído a colación una serie de argumentos teológico-filosóficos, medio podridos de puro viejos, y los defensores del laicismo se han remontado hasta la horda primitiva, pasando por la Revolución Francesa y las luchas del imperialismo de los Gohenstaufeu contra la tiara papal. En realidad, el Estado, como el matrimonio y otras instituciones perfeccionadas por la cultura, no tiene absolutamente nada que ver con el Cristianismo; esto es, no han sido creados por él. El Estado surgió como el matrimonio y se ha ido

desarrollando bajo el cetro de Dios o de los dioses. Es más, para el Cristianismo primitivo era el Estado algo «natural», es decir, pagano. Claro está que no habían de transcurrir muchos años sin que la nueva Iglesia Cristiana empezase a comprender la necesidad de una institución como el Estado. El mismo Apóstol S. Pablo así lo da a entender. (Romanos, XIII). Es natural que las exigencias del Reino de Dios obligaban a posponer, a despreñar el imperativo de los gobiernos «del mundo». Y más aun existiendo tal caos de religiones que vinieron a refundirse en el enorme crisol de Roma, (sincretismo religio-

so), pero cuyo culto principal era el «culto al César».

Los cristianos ganaron la contienda y su religión se hizo oficial. Desde este momento (siglo IV), empezó a disiparse el aroma evangélico de la Iglesia Primitiva. Conservóse el cáliz sagrado, la Escritura, pero se evaporó el contenido entre el vaho de la sangre de los paganos inmolados y el acre olor de las disputas teológicas. S. Agustín escribe un libro en el que el Estado ya aparece sujeto a la iglesia. Se suceden siglos de infamias. El papa ansía el cetro universal. Edad Media. Grandes teólogos. El Estado sostiene sobre su vacilante naca el yugo de la Iglesia. Los reformadores logran independizar algunas naciones poniéndolas, de nuevo, en manos de los gobernantes. España continúa en poder del clero. España es sanguinaria y brutal. Los hugonotes franceses marcharon a lomos del Atlántico y crearon el hoy poderoso pueblo norteamericano. Los españoles devastaron todo lo descubierto en las Américas del Centro y del Sur. En Flandes e Italia se temía y odiaba a los españoles, que no sabían ir en son de conquista sin el látigo y la cruz. Un momento hubo en que el Estado español pareció subyugar el poderío papal..., pero el monarca que de tal empresa parecía capaz, era un sér repugnante, cínico y bestial. Era Felipe II. Seguían en su avance cultural los pueblos europeos, luchando por la vida bajo un sol que iluminaba las conciencias libres de los ciudadanos. Y España se estancaba, se detuvo, rodó hacia atrás. Hoy todavía ocupa España el 11.º lugar, en rango de cultura, de los pueblos de Europa. ¡Ah, España, país de fervientes católicos, país sumiso a la iglesia, país cristiano?! Y España, era y es, en realidad, una nación azotada por todas las plagas del averno, un país donde 18 millones de pobres se comían las uñas a la puerta de las casas de 2 millones de ricos, una población de 11 millones de analfabetos formaba la masa de España, tan alegre, tan llena de sol. *La enseñanza estaba en poder de la Iglesia.* ¿Qué enseñanza? Ah, la dada en escuelas superiores, institutos privados, la recibida por los hijos de los ricos. *La edacación religiosa del pueblo.* ¿Qué clase de educación religiosa? ¿El trabajar en domingo, fomentar

la barbarie de los cosos taurinos, encerrar en conventos hombres y mujeres, hacer respetar tanto las cosas divinas que cada cual blasfemase suciamente contra ellas? ¿O, acaso, acaparar fincas y dinero, enemistar familias, vender bulas a pobre gente estúpida, amenazar con las llamas del infierno, organizar procesiones de un paganismo sonrojador? ¿O, por acabar, ahondar la diferencia entre pobres y ricos, perseguir a los no creyentes, anatematizar la prensa avanzada, proteger una ley matrimonial inhumana, so capa de sacramento, consentir los desmanes de las dictaduras y el fusilamiento de hombres honrados en domingo? *La beneficencia.* ¿A favor de quién? ¿Con qué dinero? ¿Repartiendo ropas y mendrugos a cuatro niños obligados a ir al confesonario? ¿Explotando empresas industriales? ¿Asumiendo el trabajo de hospitales y otros centros, interceptando así el camino a hombres y mujeres que lo harían para ganarse el pan? ¿Protegiendo la prostitución?

Todo esto podía proclamarse a voces y prosperar en un régimen decadente y podrido, un Estado de burócratas y ricachones. En una república, no. El Estado y nadie más que el Estado es responsable de la suerte de sus ciudadanos, pobres o ricos, inteligentes o tontos. El que nace bajo el sol de España, es español por derecho propio, pero no católico romano. Y el español tiene derecho a exigir que el Estado le dote de una educación y cultura suficientes para no andar por la vida con la cabeza baja, como cierto animalito, ni las orejas largas como un rucio.

La Iglesia tiene una misión muy distinta que cumplir: la de educar al pueblo en los preceptos evangélicos, en el amor a Dios y al prójimo, sin matices políticos ni sociales. La Iglesia no está capacitada por ley natural para hacer otra cosa que mantener el sagrado fuego de la religión. Debe ser una vestal

virgen, no una ramera que se vende al mejor postor.

Por eso el laicismo del Estado es, en cierto modo, sagrado, tan sagrado como lo es el trabajo de la Iglesia. Estado e Iglesia tienen sus campos de trabajo donde sembrar y recoger, sin que ni a uno ni a otro les sea permitido sembrar fuera de su propio terreno.

Al Estado corresponde dar leyes y hacerlas cumplir. A la Iglesia enseñar el modo de cumplirlas, siempre y cuando no estén en pugna con el Evangelio.

Si el Estado proclama su independencia, no hace otra cosa que recuperar lo suyo. Y la Iglesia, si lucha en contra, se ampara en la tradición, como un ladrón pudiera ampararse en ella, si el robado le exigiera lo suyo después de mucho tiempo.

Estado e Iglesia o Iglesias, podrían llevar a cabo una magnífica colaboración, pero es conveniente que cada cual conozca bien el círculo donde sus actividades han de desenvolverse.

El estado laico es el verdadero Estado, donde el derecho y la justicia estén libres de influjos sacerdotales.

Un libro que contiene las leyes nacionales y religiosas de un pueblo, fué escrito una vez para enseñanza de todos: el Antiguo Testamento.

Hoy se necesitan dos tomos para un libro semejante: el primero que contenga la Constitución, y el segundo el Evangelio de Jesucristo. La enseñanza y aplicación práctica de tal obra puede llevar a España muy adelante en sus aspiraciones. Pero pretender que vivamos solamente de la Constitución o exclusivamente de las tradiciones patrióticas, breves papales y encíclicas diocesanas, nunca. Como ciudadano español, reclamo para mí y los míos la ayuda del Estado; como creación de Dios, reclamo la libertad de conciencia que me permita creer en Dios, según los impulsos de mi corazón.

M. GUTIÉRREZ MARÍN.

A un Luchador

Hacia la gloria, luchador, camina;
no te infunda el ataque un desaliento.
¡Tú sabes bien cómo creció la encina,
sin que pudiese detenerla el viento!

No temas del furor la saña loca,
ni de la multitud la fuerza suma.
Las olas que combaten a la roca,
caen a sus pies deshechas en espuma.

Demuestra que tu pecho el amor siente,
al desplegar las alas de tu anhelo.
Las ondas tumultuosas del torrente
también reflejan el azul del cielo.

Que cada herida del dolor provoque
un destello vivaz en tu alma pura.
Cuando cae el martillo sobre el bloque,
vierte gotas de luz la piedra obscura.

Y entonces, el espíritu, forjado
en el yunque de todos los dolores,
será como el diamante, que, tallado,
se transforma en un haz de resplandores.

Hacia la altura, luchador, camina,
porque en la tierra se corrompe todo.
No olvides que la gota cristalina,
si llega al suelo, se convierte en lodo.

¡Y, si has de caer, cae altanero!
¡La enseña de la luz salven tus brazos!
¡Seméjate al acero,
que ilumina la lucha con chispazos!

E. F.

EL PROBLEMA RELIGIOSO

El problema religioso es el problema de la fe, y ésta no puede decirse que existe, donde, en vez de ser trabajo íntimo para crearnos nuestra verdad interior, es legado de botín de guerra religiosa o limosna de un credo hecho.

Nuestra religión ha solido ser religión de aventureros o de mendigos, con un credo de botín o de limosna.

La Inquisición ahogaba todo trabajo de fe, toda rebusca de verdad propia; impedía que se inquietara a los espíritus. Fué una garantía de nuestra cobardía interior.

Por cobardes, fuimos a imponer dogmas a nombre del Dios de los Ejércitos, aprovechándolo para ejercer rapacerías, y así, para muchos de nosotros, el Cristianismo fué, y sigue siendo, una mentira, en que se trata de engañar a Dios y de comprar la salvación con jaculatorias tarifadas, acudiendo para ello a una banca de descuento de la gloria eterna.

La llamada fe del carbonero, nos trae perdidos.

En vez de habernos provisto de la lumbre del Evangelio, para abrirnos, a su resplandor, camino a través de la selva del mundo, nos metimos en un carro desvencijado que nos lleva a obscuras, por caminos que no conocemos. La religión no debe ser ni almohada para el individuo, ni dique para el pueblo, sino fuente de inquietudes provechosas. Vale más la inquietud del ángel, que el sosiego de la bestia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Rector de la Universidad de Salamanca).

¿Por qué rechazan muchos la Religión?

No cabe duda que el hecho existe. Por todas partes se encuentran individuos que miran la religión más bien como una rémora en el camino del progreso, que como una ayuda. Y lo triste del caso es que muchos de estos individuos son personas excelentes, de honradez a toda prueba, filantrópicas, equitativas y ecuanímes. ¿Quién no ha oído hablar más de una vez que tal o cual individuo, a pesar de no ir a la iglesia o de no preocuparse por la religión, es un modelo de virtudes cívicas y un ejemplar como amigo?

La dificultad en aclarar este fenómeno aumenta cuando se toma en consideración el hecho de que el hombre es instintivamente religioso, si es que no queremos proclamarlo así esencialmente. Las palabras del antiguo filósofo romano, quién afirmaba: «Podéis encontrar naciones sin autoridades y sin leyes, ciudades sin murallas ni castillos; pero no encontraréis jamás pueblos sin templos, altares, dioses y religión», han venido a ser confirmadas por los nuevos descubrimientos antropológicos y sociológicos pertenecientes a todas las razas y pueblos. No hay escritor, que estime en algo su buen nombre científico, que se atreva a asegurar hoy que existe nación alguna, ni tribu cualquiera, aun en el centro de Africa, que de alguna manera no exprese en su vida colectiva ideas y sentimientos de religión. Es este fenómeno tan constante y universal, que no han faltado naturalistas, y naturalistas de muchísima talla, que definan al hombre diciendo que es un animal religioso, así como Aristóteles lo definió: «es un animal social». Es más, los nuevos análisis psicológicos y los nuevos experimentos sociológicos tienden a disminuir las diferencias entre el hombre y los antropoides superiores, en lo que se refiere a actos intelectivos o afectivos; es decir, suponen que la distinción no es radical en esta parte, sino meramente de grados; pero tendiendo a demostrar que existe un abismo impasable entre unos y otros en lo que atañe a ideas y sentimientos religiosos. En este respecto, la más degradada tribu salvaje posee una conciencia definida y clara de algo superior, mientras que los antropoides,

mejor desarrollados y atendidos con mayor solicitud y cuidado, nunca han dado muestras de tales ideas y sentimientos. ¿Cómo, pues, puede explicarse, si la idea y sentimientos religiosos son instintivos, conaturales y como esenciales al hombre, que muchos hombres cultos y civilizados abominan la religión? No cabe duda que en muchos casos, este odio y abominación descansan en un falso supuesto. Atribuyen a la religión teorías y prácticas que pertenecen, no a la religión, considerada ésta en su esencia, sino a organizaciones humanas establecidas a base de religión; pero que, por el mero hecho de ser humanas, son limitadas, deficientes y susceptibles de ignorancia, superchería y crueldad. Para algunos de estos sabios, la religión no es más que el sacerdocio, con sus privilegios odiosos y su negra historia de fanatismo y persecución; para otros, no es más que el culto y ritual externos, con sus ceremonias, muchas veces ridículas; con sus ritos humillantes y estúpidos, en algunas ocasiones; con sus exhibiciones aparatosas, tan impropias de la majestad severa y sencilla de las verdades más altas y sublimes. No falta quién tome por religión el conjunto de credos religiosos, a veces opuestos entre sí, casi siempre deficientes y nunca capaces de abarcar completamente la inmensidad e infinitud del Sér Supremo y sus infinitas relaciones con el Universo y especialmente con la humanidad. No pocos forman el juicio sobre la religión, basándose en las personas que se apellidan a sí mismas y pasan por devotas y religiosas; y al ver que muchas de ellas son crueles, egoístas, mentirosas, hipócritas y tan inmorales como las personas que no pretenden poseer religión, creen que la religión, no es más que una mera ilusión, pero nada real. Sin embargo, no cabe duda que el noventa y nueve por ciento, por no decir el ciento por ciento, se reconciliarían con la religión, y, al hablar aquí de religión, nos referimos al Cristianismo, si lo conocieran en toda su magnificencia, esplendor, sencillez y verdad. He aquí el problema magno de las iglesias hoy: presentar a la Humanidad el verdadero Cristianismo. Jamás se ofreció

oportunidad más propicia para que el mensaje cristiano pudiera ser ofrecido de modo satisfactorio a los pueblos todos y a todas las clases sociales. Jamás la Humanidad en conjunto ha sentido mayores perplejidades, mayores ansias y más vivos deseos de investigar si el Cristianismo puede salvarle de los terribles conflictos pendientes. Pudieranse llenar páginas enteras con sólo citar nombres de sabios eminentísimos que antes de la guerra lo esperaban todo de la Ciencia y de la evolución progresiva de buenas leyes políticas, y que ahora están convencidos de que, o el Cristianismo salva a la Humanidad, o viene el caos más horrible; y esta convicción se va extendiendo no sólo en Europa, sino también en Asia y América. Los que están al tanto del movimiento intelectual presente, vislumbran un cambio tan grande a este respecto, como jamás se ha visto en la historia, a no ser en los aciagos días de la caída del Imperio Romano.

Pero el Cristianismo que puede salvar a la Humanidad, no será un cristianismo dividido en incontables sectas, ni un cristianismo meramente litúrgico o enteramente eclesiástico; se necesita un Cristianismo armónico y tolerante como el de Cristo; un Cristianismo fecundo y vital como el de los Apóstoles; un Cristianismo transformador que aplique, sin cortapisas de ningún género y sin ningún miramiento humano, los principios cristianos a todos los problemas actuales, ya sean privados, ya públicos; ya pertenezcan al capital o al trabajo; ya se refieran a gobernantes o gobernados; ya entrañen problemas domésticos o relaciones internacionales; un Cristianismo que no tema decir la verdad, y toda la verdad, al capital y al trabajo, a los reyes y a los vasallos, a los eclesiásticos y a los laicos. ¡Ay de las iglesias, si en los momentos actuales son infieles a su augusta misión, ya por miras egoístas, ya por parcialidades peligrosas, y dejan de ofrecer el mensaje, y todo el mensaje cristiano, a la presente sociedad! Si esto ocurre, ¡Dios no lo permita!, las iglesias cristianas serán arrastradas por el torbellino revolucionario presente y perecerán juntamente en un cataclismo mundial, en que no quedará subsistente nada más que la confusión, la anarquía y el caos.

JUAN ORTS GONZÁLEZ.

Un Sueño Curioso

Una vez un pobre jornalero que, por desgracia, gastaba la mayor parte de sus pobres ganancias en la taberna, tuvo un sueño que le hizo una profunda impresión.

Al día siguiente, contó su sueño a su familia, y dijo que había visto cuatro ratas que se le acercaban. La primera estaba muy gorda y bien parecida; andaban con ella otras dos que estaban sumamente flacas y feas; en medio de todas se veía otra que estaba completamente ciega.

El soñador apelaba a su esposa e hijo para que le diesen la interpretación de su sueño. La esposa no pudo dar con la interpretación; pero el muchacho, que no era tonto, dijo que creía que había entendido la significación del sueño.

Dijo: «La rata gorda es el vinatero que recoge los dineros que V. le deja por sus copas, y que vive de la pobreza de sus semejantes. Las ratas mal parecidas y flacas, somos mi madre y yo, que muchas veces tenemos hambre y sufrimos con el frío por falta de vestidos; la rata ciega es V. mismo que no sabe a dónde va.

¡PAZ!

¡Paz!... ¡Paz!... Este es el grito que hoy surge vibrante de muchos pechos, el anhelo que es acariciado dulcemente por muchos corazones. ¿Consecuencias de la última guerra? Tal vez; pero lo cierto es que este sentimiento va ganando corazones, va conquistando mayor número de adeptos. ¿Amor a la paz? Ya lo veremos; por ahora, basta con dejar consignado el hecho.

Mr. Carnegie, el millonario filántropo norteamericano, hizo construir a sus expensas el hermoso Palacio de la Paz en La Haya. Este hombre, al igual que muchos, se figuraba que a las Naciones se las podría sujetar tan fácilmente como a los individuos, por medio de unas firmas al pie de determinados compromisos y tratados, pero se equivocó. A un hombre se le domina o no, según la desproporción de fuerza que exista entre él y otro u otros; según el concepto que ese hombre tenga de lo que llamamos honor y honradez; pero a una nación no, ya que, en ella, existen fuerzas y sentimientos muy distintos y contradictorios; el honor es un mito, y lo de la fuerza (neutra, autoridad) aun no existe.

¿Qué es y qué ha sido hasta hoy la Paz? La Haya no ha sido en ningún momento, y menos hoy, la resultante del sentimiento del amor, la fraternidad y la justicia entre los hombres, y, por reflejo, entre los pueblos; la Paz ha sido en todo momento un período de descanso, entre dos luchas, impuesto, bien por la enorme superioridad del adversario, al que es locura atacar, por la necesidad absoluta de atender a la organización interior o por la carencia en el débil de cosa codiciable para el fuerte. Mas, tan pronto como los sentimientos egoístas de dominio territorial o comercial se han despertado, han sabido engañar a la masa amorfa, sin voluntad propia casi siempre, que es el pueblo; han sabido buscarse aliados en otras naciones que, igualando o superando el poder de aquel a quien se quiere combatir, hagan posible el éxito y la guerra se ha declarado, la Paz ha quedado rota como por ensalmo.

En el Evangelio, el Apóstol Santiago empieza el tercer capítulo de su carta con esas palabras: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros?» y añade «de vuestras concupiscencias». Esa es la verdad; ese es el por qué de todas las guerras, ese es el eje sobre el cual gira la vida de la Humanidad. Las concupiscencias, los malos deseos, las desalentadas ambiciones, la vanidad, el egoísmo. Hagamos desaparecer esto y la guerra será imposible.

Que se pregunte al hombre ecuánime o imparcial si el asesinato de un hombre y una mujer llámense archiducos, reyes o cualquier otro nombre con que la humana vanidad quiera adornarlos, justifica el horrendo cataclismo que fué la guerra Europea; vea a ver si de ser unos simples trabajadores, o, en el caso máximo, dos genios, dos sabios, se hubiese producido el mismo resultado. ¿No? ¿Luego se produjo por el título? ¡Vanidad! ¡Concupiscencia! Aparte que todos sabemos que esto fué sólo el pretexto y la ambición de dominio y poderío comercial las verdaderas causas.

¿No clamaba en Francia el gran Jaurés contra la guerra? ¿No la anatematizaba con sus

más formidables razones y arrebatada contra ella con el fervor y la convicción de un apóstol? Sí Jaurés, el gran patriota, el gran humano luchó con todas sus fuerzas contra las tendencias militaristas que conducían a su patria a la ruina y a la muerte, que iba a segar lo más hermoso, más digno y de más valor que en ella había: la juventud; que iba a destruir sus pueblos, villas y ciudades, arrasar sus campos, bosques y viñedos, pero fué en vano. En toda Francia se hizo sentir, se hizo sangrar la herida del 70. ¡La Alsacia! ¡La Lorena! y este movimiento sentimental, al parecer lógico, esgrimido por los ambiciosos, por los que alimentaban intereses bastardos, pudo más que las palabras llenas de unción y de verdad de un gran hombre y armó la mano criminal que acabó con su vida.

Epilogo. Los militares han ganado honores; los banqueros oro. Al soldado desconocido le han elevado un monumento. A Jaurés, que se oponía, ¡nada!

¡Concupiscencias! ¿Hay algo más descarnado que el hecho de Italia entrando en la guerra al lado de aquellos que podían favorecerla más y volviéndose en contra de aquellos a quienes estaba ligada por convenios y tratados cinco veces ratificados? En vano se invocará el sentimiento de la justicia y el horror a las crueldades cometidas por los alemanes. Si no hubiese mediado el Trentino, la Gorizia y Trieste, Italia jamás hubiese ayudado a los aliados. Dirá alguno que ciertas naciones, los Estados Unidos, por ejemplo, no buscaban expansión territorial y en cambio entraron en la lucha, pero cabe preguntar: ¿Fué el torpedeo del Lusitania o fueron las deudas las que inclinaron a los Estados Unidos al lado de Francia e Inglaterra? ¿Es que iban a luchar los americanos contra aquellos a quienes habían prestado su oro? ¿Hubiesen cobrado, de haber éstos sucumbido ante Alemania? De no haber mediado los intereses...!

Con poco que lo meditemos, veremos que son verdaderamente nuestras concupiscencias las que alejan la paz, no sólo del mundo, entre las naciones, sino de nuestro propio corazón y que es necesario que nos desprendamos de ellas y empecemos a vivir de una manera más fraterna, más lógica, para que haya paz en nosotros y, como consecuencia, entre nosotros.

El anhelo de Paz es algo tan antiguo como la Humanidad; pero, no confundamos: puede tener su origen en el «no me estorbéis, dejarme tranquilo, o en el sentimiento de la hermandad y solidaridad de la raza humana, en la dependencia y reconocimiento del Sér Supremo, Creador y Padre de toda criatura. Caso muy significativo es lo sucedido en París y Perpignan con pocos días de diferencia y que apoya lo que antecede; en ambos lugares se habían organizado conferencias por la Liga Internacional femenina pro Paz y ambas concluyeron en escándalo y desorden. ¿Provocados por quién? No lo sabemos, pero no sería difícil encontrar la raíz.

Nos encontramos en el primer caso el egoísta, y, como consecuencia, la guerra más o menos próxima; sólo en el segundo es posible la Paz, en el corazón del hombre y en la vida de los pueblos.

PEDRO GIMÉNEZ.

Propague Vd. "LA LUCHA"

Instantáneas

CONCURSOMANÍA

En tiempos monárquicos, no eran pocos los concursos o, más disimuladamente dicho, las exposiciones de todas clases y en todos los estilos: Perros, gallinas, automóviles, lámparas, higiene, cultura oriental, se encerraban entre cuatro vallas. Luego acudía el público, noticiaba la prensa, se encontraba material abundante para las revistas ilustradas. Bien. Por estímulo, o por el afán codicioso de un premio, se hacía alarde de los productos nacionales durante algunos días, se daba trabajo a buen número de personas y hasta la próxima vez. Desde luego que todo esto no tenía relación alguna directa con la monarquía, que nos estaba denigrando a las claras y bajo cuerda a más no poder.

Pero ahora se ha dado en una nueva concursomanía: la de las bellezas. Y esto sí que no sé a dónde donducirá. ¿La hemos importado de América o podemos asegurar que nuestro espíritu republicano va empujado por las brisas celestes de aquella Grecia arcaica adoradora de la belleza corporal humana en toda su sencillez? Claro que nos falta la gracia ática. Un alcalde, todo un señor alcalde, que suspende una sesión solemne del ayuntamiento, porque acaban de proclamar a la hija de su corazón «Miss Valencia», tiene más puntos de contacto con Gedeón que con Fidas. ¿Quién echará en cara al buen colega del de Zalamea su orgullo de progenitor? Nadie. Pero no digamos que digamos. Desde Ortegá y Finisterre, hasta Gata y desde Creus hasta la desembocadura del Guadalquivir, no hay región, capital de provincia o ciudad sin su correspondiente «miss». Pero un régimen como el actual y unas circunstancias como las presentes obligan a pensar y repasar: obligan a ser utilitarista. Y el utilitarista pregunta: ¿Para qué esas «misses»? Que son guapas, requeteguapas. Bueno, va. Encantado de ser español y feo. ¿Pero no hay en España asuntos más serios en qué pensar? ¿No estamos temblando ante las convulsiones de nuestra anémica peseta? ¿Podemos apartarnos de la lucha social en pos del pan y de la equidad? ¿No nos llegan al alma esas escisiones políticas y esas politiquerías de vieja hornada? El gran «Heliófilo» comentaba ha poco la sandez de los andarines que van a Madrid para regalar un puro a Don Niceto. Yo soy menos galante y, a trueque de sufrir el boicot de las bellezas consagradas y por consagrar, repito que, a mi entender, concursomanía de bellezas tiene más de necio que de galante y es, antes que un signo de cultura artística, una señal de despreocupación y afeminamiento que sonroja. En una república de trabajadores tiene mayor importancia una mujer culta y emprendedora que otra que se caiga de guapa. Friné, cuya belleza convenció a todo un tribunal de justicia, no tiene lugar en una república seria y de grandes aspiraciones. La República necesita todas las fuerzas vivas del país, hombres y mujeres,—y si éstas son guapas, miel sobre hojuelas—pero no embobalicarse contemplando una cara bonita.

INMANUEL.

LA CRISIS OBRERA

De diferentes comarcas de España, pero especialmente de la región andaluza, llegan hasta nosotros voces de angustia en demanda de un pedazo de pan.

El problema del trabajo no es de los que se resuelvan, como acostumbramos, en la mesa de un café. Es harto complejo, y desde que se firmó el armisticio hasta hoy, ha ido empeorando, a pesar de cuanto esfuerzo han llevado a cabo los hombres de gobierno, y de cuantas medidas les han ocurrido a los obreros organizados.

La perspectiva no puede ser más triste. Cada día el número de braceros desocupados aumenta, y no es posible acudir con socorros a los sin trabajo, porque esa solución, además de no serlo, trae por consecuencia producir un desnivel en la hacienda nacional, como ha ocurrido en Inglaterra, que puede dar al traste con toda la economía de su país.

La causa general del paro obrero es el desnivel entre la capacidad consumidora y la superabundancia productiva. Las industrias tienen que acortar su producción, y quedan desocupados millares de obreros.

En nuestro país se han propuesto diferentes remedios, ya por parte de los gobernantes, que en realidad poco pueden hacer, por tener que atender el nuevo régimen a tantos y tan variados problemas, ya por me-

didias acordadas por las diferentes organizaciones obreras.

La solución radical al problema ya sabemos que consistiría en establecer la sociedad en bases económicas muy distintas a aquellas en las que hoy se sustentan; pero no creemos que el fruto esté aún maduro, se requiere tiempo y mucho estudio para llegar a aquellas soluciones. En Andalucía, por ejemplo, los sindicatos han disminuído la jornada y han aumentado el salario. Resultado de esta solución simplista: los artículos todos han subido, las industrias se paralizan, y, al fin, mayor hambre.

Creemos que hoy debe practicarse un oportunismo, siempre con miras a la implantación paulatina de nuevos principios sociales, como han hecho la Federación de Fabricantes de Hilados y Tejidos de Cataluña y el Sindicato Fabril y Textil de Cataluña adscrito a la C. N. T., llegando a un acuerdo que, sin perjudicar a los patronos, beneficia al obrero.

Es cierto que en algunas demarcaciones la crisis es tan aguda, como ocurre en los campos, que casi es imposible término de avenencia; pero no es menos cierto que si esos términos de avenencia no se procuran y se consiguen, llegará el momento de la desesperación, y ¿quién podrá detener a la fiera hambrienta?

Creemos que todos los que gocen de alguna influencia entre sus conciudadanos, que todo el que disponga de una tribuna, que todo el que pueda omborronar cuartillas, tiene el deber de advertir a quienes les conviene escuchar, que es necesario que exista un espíritu de comprensión entre los que tienen y los que de todo carecen; para que aquéllos hagan un poco de sacrificio en beneficio de los que nada poseen, y de los segundos para que moderen un poco también sus aspiraciones, hoy por hoy, a fin de llegar a términos armónicos, si no prefieren que caiga Sansón con todos sus filisteos.

Y no pedimos que se ofrezca una limosna al hambriento; sino que se le proporcione un medio decoroso en que pueda ganar el sustento propio y del hogar, sin que le sea posible alegar al que está en posesión del capital que no puede dedicarlo a empresas improductivas, porque no debe olvidar que sus bienes están amasados con gotas de sudor del obrero, y que, en último caso, su acto de desprendimiento sólo sería de restitución.

¡Ah! Pero el capitalista necesita disfrutar de tantas y tantas comodidades a que no puede renunciar.

¡Alto ahí, amigos! Cuando las vituallas escasean en una plaza sitiada, es medida de alta prudencia un racionamiento de víveres.

La plaza está sitiada, es de alta prudencia, de necesidad inevitable el racionamiento voluntario, si no, pereceremos todos.

M. DE VARGAS.

Confesión de Volney

Volney, el célebre viajero francés, bien conocido por sus numerosas obras y por sus principios ateos, navegaba por uno de los lagos de América. El navío, sacudido por la tempestad, estuvo a punto de sumergirse. Hallábanse un gran número de mujeres entre los pasajeros; pero nadie manifestó tan violenta desesperación como Volney. Echado sobre el puente, ora suplicando, ora maldiciendo al capitán, le pedía sin cesar que se comprometiese a conducirlo sano y salvo hasta el puerto. Mas, como el peligro aumentase, llenó sus bolsillos de dólares, con la esperanza de salvarse a nado, si el naufragio tenía lugar. Un pasajero le hizo observar, sin embargo, que se hundiría como un trozo de plomo, si llevaba tan gran peso sobre sí. Sus gritos y movimientos vinieron a ser tan incómodos, por fin, que fué preciso colocarle en las escotillas para que no estorbase las maniobras. Pronto volvió a subir, después de haber depositado su dinero, y en la angustia de su alma, arrodillándose sobre el puente, clamaba con las manos elevadas hacia el cielo y los ojos inundados de lágrimas: «¡Oh, mi Dios, mi Dios!... ¿Qué haré yo? ¿Qué haré yo?» Alguno, sorprendido al oírle hablar de esta manera, le dijo: «¿Cómo, Mr. Volney, usted tiene un Dios ahora?»—El incrédulo, temblando de miedo, respondió: «Sí, oh, sí...»

El navío fué salvado, y uno de los testigos de esta escena contó por todas partes cómo Volney había venido a decir que existe un Dios.

LECTOR: ¿Simpatizas con esta publicación? ¿Quieres trabajar para su sostenimiento y engrandecimiento? Dale a conocer a tus amistades; entérelas de sus propósitos y su contenido. En tí confiamos para su divulgación.

SECCIÓN IDISTA

¿QUÉ ES EL IDO?

Si Descartes y Léibnitz ya se ocupaban en la cuestión de la lengua auxiliar, considerándola como una necesidad imprescindible para las relaciones internacionales, ¿quién en nuestros tiempos osará negar la utilidad de la misma, hoy que los medios de comunicación puede decirse que han acortado las distancias? No ya sólo para las relaciones científicas, comerciales o turísticas, sino para las comunicaciones por radio y para el cinematógrafo parlante, es indispensable una lengua común que sea a la vez fácil y lógica, armoniosa y clara y que, al lado de la materna, sea como una segunda lengua para usarla siempre que nos dirijamos a un extranjero.

Entre los distintos proyectos de lengua auxiliar internacional que se conocen, ha sido el Esperanto el que ha tenido mejor aceptación, por estar formado *a posteriori*, es decir, con elementos tomados de las lenguas naturales; pero obra de un solo hombre, y como toda labor humana sujeta a imperfecciones, no tuvo en los medios científicos la acogida definitiva para ser adoptada por unanimidad en todos los países.

Por esto, en Junio de 1907, la «Delegación para la adopción de una lengua auxiliar internacional» que había recibido la adhesión de 310 sociedades de todas las naciones y la aprobación de 1250 miembros de academias y universidades, nombró en París una comisión de hombres de ciencia para que estudiase todos los proyectos antiguos y modernos de lengua universal. Y habiendo examinado unos setenta y tantos de ellos, durante 18 sesiones, a las que asistieron algunos de sus autores para hacer la defensa de los mismos, se llegó a la conclusión de que ninguno de dichos proyectos reunía las condiciones necesarias para ser adoptado como lengua internacional. Sin embargo, reconociendo la relativa perfección del Esperanto, se acordó que podría elegirse éste, a condición de que se hicieran las reformas indispensables para hacer desaparecer sus muchos defectos.

Fundóse la revista *Progreso*, en la que se admitió la libre discusión y se trataron desde distintos puntos de vista todos los principios y detalles de la lengua. Antes de disolverse la «Delegación», creó como órgano sucesor de la misma, la «Unión de amigos de la lengua internacional» y los miembros de ésta, a su vez, eligieron la Academia para decidir sobre las cuestiones discutidas en *Progreso*. Esta Academia durante varios años ha venido trabajando en la depuración de la lengua que es hoy conocida con el nombre IDO, por haberse negado el Dr. Zamenhof, autor del Esperanto, a que se le diera este mismo nombre, ni siquiera el de Esperanto reformado.

El IDO no es la labor de un solo individuo, sino resumen de los esfuerzos de muchos hombres de distinta nacionalidad, quienes han logrado producir una lengua clara, fácil y de gran riqueza que puede considerarse como la solución científica y definitiva de la lengua internacional.

En otro artículo daremos cuenta de las modificaciones que con relación al Esperanto se han llevado a cabo por la Academia, de la que el autor de estas líneas ha formado parte durante algunos años.

PEDRO MARCILLA.

GRAMÁTICA de la Lengua Internacional I D O

Compendio de la «Kompleta Gramatiko Defalozza», escrita en IDO por el marqués L. de Beaufront, principal autor de esta lengua.

Versión Española de PEDRO MARCILLA

ALFABETO

El alfabeto consta de 26 letras: 5 vocales: a, e, i, o, u, y 21 consonantes: b, c, d, f, g, h, j, k, l, m, n, p, q, r, s, t, v, w, x, y, z.

El nombre de estas letras, es: para las vocales su propio sonido: a, e, i, o u y para las consonantes su sonido seguido de e: be, ce, de, fe ge, he, je, ke, le, me, ne, pe, que, re, se, te, ve, we, xe, ye, ze.

PRONUNCIACIÓN

Todas las letras se pronuncian y tienen siempre el mismo sonido. Las que difieren del español són las siguientes:

c, se pronuncia como /ts y, por consiguiente, ca, ce, ci, co cu, =tsa-tse, tsi, tso, tsu.

g, siempre suave como ga, gue, gui, go, gu.

h, verdaderamente aspirada, como en alemán e inglés hand.

j, como en francés y catalán o como s en la palabra inglesa visión.

w, como u,

x, como ks.

z, como en francés, inglés y portugués o como s en *Rose* alemana y *rosa* italiana.

El digrama *ch* se pronuncia exactamente como en español e inglés; y el *sh* como en inglés *fish*, o como *sch* en alemán *Fisch*, o como *ch* en francés *chaf* o *sc* en italiano *asceta*.

Cuando las dos letras *s-h* pertenecen a dos raíces distintas en una palabra compuesta, se separan con un guión en la escritura y se pronuncian por consiguiente: *chas-hundo* (perro de caza) y no *cha shundo*.

ACENTO TÓNICO

El acento tónico recae sobre la penúltima sílaba de la palabra o sobre la última de los infinitivos: fenêstro (ventana) bovîno (vacca) malâda (enfermo); amâr, venîr, skribôr.

En raíces de varias sílabas *i* e *u* inmediatamente antes de vocal no reciben acento. Ejemplo: mistêrio, tênuu, sêxuo, lînguuo y no misterio, tenûa, sexûo, lîngûo.

Cuando *au*, *eu* formando diptongo

se encuentran como penúltima sílaba, el acento tónico recae sobre *a*. e. Ejemplo: lâubo, kâuzo, lâuro, nêutra, psêudo. Téngase en cuenta que el circunflejo se ha puesto sólo para indicar el acento tónico, pues el ido, a semejanza del inglés, carece en absoluto de acentos ortográficos.

ARTÍCULO

El artículo definido es *la* para los dos números y es, por tanto, invariable: *la domo*, (la casa) *la domi*, las casas.

Cuando ninguna otra palabra indica el plural, ya por su forma (final *i*), ya por su sentido (nombre de número o pronombre indefinido) se usa *le*, pues de otro modo no se sabría (por *la*) si se habla de un individuo o de varios. Ej.: *le Gracchus*, *le Canton*, *le Madrazo*, *le x*, *le y*, *le z*; la cifra di ca konto esas tante male formacita, *ke le 3* e *le 5* esas konfundebla a *le 8*. (Las cifras de esta cuenta están tan mal formadas que los 3 y los 5 se confunden con los 8).

Puede elidirse la *a* final del artículo reemplazándola por un apóstrofe, lo mismo ante consonante que ante vocal: *la infanto* o *l'infanto*, *la ucelo* o *l'ucelo*; pero no debe elidirse, si desaparece la aspiración de la *h*. Así, no se use *l'homo*, *l'hosti*, sino *la homo*, *la hosti*.

Procúrese evitar también toda mala comprensión. No debe usarse: *la duro di l'afero* (la duración del asunto, negocio), pues al oído podría interpretarse como: *la duro di la fero*

(la duración del hierro). Dígase, pues: *la duro di la afero*.

La elisión es facultativa, de ningún modo obligatoria.

El artículo definido se usa sólo con sustantivo expreso o tácito, de tal modo que en este último caso parece reemplazar a tal sustantivo: *Yen rozî; prenez la maxim bela* (he aquí rosas; tomad la más hermosa). *Prenez la maxim bela* (tomad las más hermosas)

En ido no existe el artículo indefinido un, uno, una. El sentido indefinido se indica por el hecho de que el artículo *la* no precede al sustantivo. Cuando se desea insistir sobre la indeterminación, se usa *ula* (alguno, alguna) y para indeterminación completa, *irga* (cualquier, cualquiera). Ejemplo: *querez ula mediko, mem irga mediko en la urbo, ma ne retrovenez sen mediko, nam sola ni ne salvos l'infanto*, (busca algún médico, cualquier médico de la población, pero no vengas sin un médico, pues nosotros solos no salvaremos al niño). Cuando se quiere indicar precisamente el número 1, se usa *un*. Ejemplo: *Un franko suficos*. (Un franco será suficiente).

Artículo partitivo no existe en ido: *danez a me pano* (dame un pan=la cosa llamada pan. Si se desea indicar parte o cantidad indeterminada, se usa la preposición *de*: *danez a me de vua pano*, de vua pomi (parte de vuestro pan, de vuestras manzanas). Si se dijera: *vua pano*, *vua pomi*, el sentido sería: todo vuestro pan, todas vuestras manzanas.

“El Cristianismo Social”

Acaba de ver la luz este valiente libro, escrito por D. Joaquín Estruch Simó.

En los tiempos de fiebre que transcurren, producida por las diversas teorías sociales que, a manera de aguas tumultuosas, lo invaden todo, era de una apremiante necesidad la publicación de un libro de la naturaleza de EL CRISTIANISMO SOCIAL.

En EL CRISTIANISMO SOCIAL, se reivindica una de las filosofías más sublimes, desacreditada por tirios y troyanos.

En EL CRISTIANISMO SOCIAL se planea un método que, de ponerse en práctica, dará fin, en un plazo rápido e inmediato, a todo lo que es causa del malestar presente.

EL CRISTIANISMO SOCIAL conviene ser leído por creyentes e incrédulos. Por los primeros, porque les señala sus incumplidos deberes sociales, y por los segundos, porque para ellos será una revelación, puesto que se expone con claridad meridiana, cómo puede transformarse la Sociedad Humana a satisfacción de los más exigentes, sin convulsiones ni violencias y por los medios más pacíficos.

Un tomo de 256 páginas de compacta lectura en 4.º, CUATRO PTAS.

Su adquisición da derecho a un trimestre de suscripción gratuita a LA LUCHA.

Pedidlo, acompañando su importe, a esta Administración. Los descuentos a suscriptores y paqueteros de este periódico, los mismos anunciados en el número anterior.

Correspondencia Administrativa

Sevilla, J. Maqueda, 6'75 por el «Cristianismo Social» y Suscripción. — *Monistrol*, J. Beltrán, 2'50 ptas. por paquetes hasta fin 1931. — *Tiraña-Laviana*, F. Martínez, 16 ptas. por paquetes hasta fin 1931. — *Algeciras*, J. Trujillo, 4'70 por paquetes; quedan a su favor 1'10. — *Biimea*, Eladio Castañón, 40 ptas. se le escribió y se le mandaron los libros. — *Alcubierre* Manuel Ascaso, ptas. 4 por suscripción. — *Manzanares*, José G. Calero, ptas. 10 suscripción y libros. — *Barcelona*, L. Arissó, ptas. 5'10, suscripción. — *Suria*, E. Muñoz, 8 ptas. suscripción y «El Cristianismo Social». — *Zaragoza*, J. Hinojosa, ptas 11 suscripción y 2 ejempl. de «El Cristianismo Social». — *Jerez de la Frontera*, M. Rincón, 3'50 donativo. — *La Felguera*, M. Fernández, 8 ptas. por paquetes y libros. — *Granada*, A. López, 5 ptas. por suscripción. — *Calatayud*, J. Condón, 9 ptas. por libros. — *Utrera*, E. Ballesteros, 13'50 por paquetes

hasta el núm. 97, inclusive. — *Barcelona*, G. Baqué, 8 ptas. suscripción y «El Cristianismo Social». — *Algámitas*, B. Sánchez, 4 ptas. por suscripción. — *Sabadell*, M. Raspall, 6'75 suscripción y «El Cristianismo Social». — *Alcoy*, D. Ferrándiz 5'50 ptas. por paquetes hasta el núm. 97 inclusive. — *Puebla de Cazalla*, F. Díaz, 5 ptas. por paquetes hasta el núm. 97, inclusive. — *Melilla*, R. López, 4'40 por paquetes hasta el núm. 97, inclusive. — *Madrid*, Patrocinio Cuenca, 20 ptas. por suscripciones y «El Cristianismo Social». — *Barcelona*, P. Giménez, 4 ptas. por 50 ejemplares. — *San Quirico de Tarrasa*, J. Raspall, 6'75 ptas. por suscripción y «El Cristianismo Social».

Tenemos 4 giros de 7 ptas. cada uno procedentes de Málaga, que no sabemos a qué van destinados y son ilegibles los nombres de los remitentes.

NOTA: Quedan cantidades por anotar.

Imp. «Gutenberg». — Cra. Barcelona, 48. Sabadell.

Un nuevo Jefe para “LA LUCHA”

Todos nuestros lectores que conozcan la personalidad de D. Ambrosio Celma, recibirán con alegría la nueva de que tan prestigioso espiritualista ha aceptado un puesto en la Redacción de LA LUCHA.

Capitanes aguerridos como el Sr. Celma convienen para dirigir nuestras baterías espirituales. Contamos ya con un número esperanzador y esperamos que no tardarán en alistarse otros muchos. Tomemos pronto las posiciones estratégicas, pues está a punto de generalizarse la batalla. Pero pensemos que a un ejército en guerra no le bastan los buenos jefes, sino que necesita municiones, pertrechos y vituallas, que en nuestro caso son las suscripciones y pedidos de paquetes que se hagan de LA LUCHA, que va a declarar la guerra sublime al Mal en nombre del Bien.

Divulgad LA LUCHA, propagadla, sostenedla y alentadla y cumplidéis como fieles soldados de la más excelsa de las causas.

PREDICANDO Y DANDO TRIGO

En esta sección insertaremos todos los donativos que se nos hagan para el sostenimiento de LA LUCHA.

Ni por un momento hemos dudado de que LA LUCHA ha de interesar profundamente a muchos, singularmente a los elementos evangélicos. Si éstos se dan verdadera cuenta de los tiempos que atravesamos y de los que se aproximan, saludarán emocionados su aparición y rivalizarán en sostener a toda costa un periódico tan necesario como este, que recogerá en su seno las auras de la nueva libertad que pronto vendrán a acariciarnos.

Los verdaderos simpatizantes, tendrán en cuenta que la vida de un periódico, en sus primeros números, es cuando es más difícil, máxime si se tiene en cuenta que ya se da a un precio excepcional, dado el coste actual de los materiales de imprenta, con el fin de intensificar en lo posible la propaganda.

Si se sabe apreciar lo que representa nuestra labor, los hechos lo dirán.

Barcelona, Angel Guimet ptas.	1'25
Huelva, Juan Guerra	« 3'25
C. Real, Pedro Molina	« 0'50
Jerez de la Frontera, Manuel Rincón Alvarez	« 3'50
La Felguera, Manuela Fernández	« 1'20
Madrid, Patrocinio Cuenca	« 4'00
Total	13'50

LECTOR: ¿Va V. llenando ya el «Boletín de Probables Suscriptores» que tiene en su poder y con el cual puede V. ayudar de manera grandemente eficaz a la divulgación de LA LUCHA? Sino tiene dicho impreso, pídale a esta Administración y le será remitido a correo seguido. Propague V. por medio de dicho «Boletín» LA LUCHA. ¡Hágalo para bien de la Humanidad!

“Diccionario Ido-Español”

Tenemos ya a disposición de nuestros lectores este interesante Diccionario, indispensable a todos los que verdaderamente quieran progresar en el aprendizaje de la perfectísima lengua internacional IDO.

Precio del ejemplar, 3 pesetas. Descuento de un diez por ciento a nuestros suscriptores y de un 20 a nuestros corresponsales. Las remesas se hacen francas de portes, previo pago adelantado. — Los pedidos a esta Administración.

Del primer número y del presente, hemos mandado, sin haberlo solicitado, un buen número de paquetes de ejemplares a muchas direcciones que obraban en nuestro poder, creyendo que nuestro periódico les ha de interesar; si por desgracia no fuera así, que no fueran repartidos, por no ser de su agrado, les rogamos su devolución, comunicándonos no conve-nirles este periódico, pues, de otra manera, entenderemos que se hacen paqueteros y que a su tiempo liquidarán el importe del papel mandado.

Sería preferible que el que crea un deber ser corresponsal de LA LUCHA nos lo notificara a la mayor brevedad.